

maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el festin de los Lapithas.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

AVEN-

225

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.

Detúveme algunos dias en casa del barbero; y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas vacías. Hízome montar en una, y contraximos tanta amistad en el camino, que quando llegamos á Segovia quiso absolutamente que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y quando me vió resuelto á partir para Madrid me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en las manos del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños, que vivia en la puerta del Sol. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, quando me dixo con un modo muy cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pe-

TOM. I.

FF

dro

dro Palacios me recomienda la persona de Vmd. con tan vivas expresiones, que no puedo dexar de ofrecerle un quarto en mi casa. Ademas de eso me suplica que le solicite una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á Vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez sin hacer del quixote ni del melindroso, con tanto mayor gusto quanto veia que mis provisiones poco á poco se iban disminuyendo; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dixo que acababa de proponerme á un caballero amigo suyo, que tenia necesidad de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dexado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, le dixo Melendez tomándome por la mano, este es aquel mozo de quien hablámos poco há, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de San Felipe. Entrámos en una casa muy buena, donde él ocupaba un quarto; subimos una escalera, y á cinco ó seis pasos de ella me introduxo en una sala cerrada con

dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban ántes de abrir. Pasamos despues á otra sala, donde, por no haber alcoba, tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia considerado bien en casa de Melendez, tambien yo le exâminé á él con particular atencion. Era un hombre como poco mas de cinquenta años, de un ayre frio y serio. Parecióme de buen natural, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho con mis respuestas: Gil Blas, me dixo, yo contemplo que eres un mozo de entendimiento y juicio, y me alegro mucho de tenerte en mi servicio. Por tu parte espero que estarás contento de tu condicion. Cada dia te daré seis reales para que comas y te vistas, sin perjuicio de otros gages y provechos que podrás tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, siempre como con mis amigos. Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiar bien mis vestidos; lo restante del dia eres libre, y podrás hacer lo que quisieres: basta que por la noche te retires á casa á buena hora, y me esperes á la puerta de mi quarto: esto es todo lo que exíjo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo y me los entregó para empezar á cumplir nuestro

tratado. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dixo: no tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera quando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto partió él, y me dexó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, (me dixé entónces á mí mismo) que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama, y barrer su quarto por la mañana te da seis reales cada dia, con libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni ménos como un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid, sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en un meson, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres quartos de hora despues, y pareció contento de mi puntualidad. Muy bien, me dixo, esto me gusta, yo quiero criados que sean atentos y exáctos en hacer lo que les mando. Dicho esto abrió las puertas del quarto, cerrólas tras de nosotros, y como nos hallá-

ba-

bamos á obscuras hizo fuego con un eslabon, y encendió un velon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su orden una lamparilla que estaba en la chimenea, tomé el velon y llevélo á la antesala, donde me acosté en una camita ó catre sin colgadura ni cortinas. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salióse fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y étele aquí que uno y otro nos separámos por todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecía muy dulce y muy acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo aun no sabia como se llamaba mi amo. Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrían á su lonja á comprar géneros de los que vendía. Ni los vecinos pudieron tampoco satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian de qué clase de hombres era mi amo, aunque habia dos años que habitaba en aquel barrio. Dixéronme que no trataba con ninguno de los vecinos, y algunos, acostumbrados á juzgar mal de todo temerariamente, inferian de esto que era un hombre de quien no se podia hacer juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de Portugal; y alguno me advirtió con caridad que corría yo gran

gran peligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, según infiero, que los demás. Mi inocencia no me podía asegurar, pues no bastaba esta para no tener miedo á la Justicia. Había probado dos ó tres veces que si la Justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo ménos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debía hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podía creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenía razón fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubriese que verdaderamente era un enemigo del Estado abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedían que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner en práctica lo que había determinado hasta asegurarme de la verdad. Comencé, pues, á exâminar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor (le dixé una noche mientras le estaba desnudando) no sabe un hombre como ha de vivir para librarse de las malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. Malditas bestias! No creerá su merced como hablan de no-

sotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? Ah, señor, repliqué yo, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tengan aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la Corte nos observa con particular atencion? En una palabra, dicen que su merced es espía del Rey de Portugal. Entonces levanté los ojos y le miré fixamente á la cara, como Alexandro á su Médico, para notar el efecto que producía lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo que era una gran confirmacion de lo que decía la vecindad; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbaxo, lo que tampoco interpretaré muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dixo con voz y semblante muy tranquilo: Gil Blas, dexémos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas bocanadas. No hagámos caso de lo que dicen los hombres, mientras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucha paz, y yo hice lo mismo sin saber á qué había de atenerme. Al dia siguiente, quando nos estábamos disponiendo para salir de casa, oímos llamar fuertemente á la primera puerta de la escalera. Abrió el amo la segunda, y mirando por la rejilla, vió un hombre bien vestido, que le di-

xo: señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor Corregidor á decir á Vmd. que su Señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor Corregidor? respondió mi amo, no sin algun desabrimiento. Eso es lo que yo no sé, replicó el alguacil; pero no tiene Vmd. mas que ir á su casa, y muy presto lo sabrá. Servidor del señor Corregidor, repuso su merced; yo no tengo que hacer con su Señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el quarto en tono de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho en que pensar el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dixo: amigo Gil Blas, tú te puedes ir á pasear donde quisieres, que yo no pienso salir de casa tan presto, y en toda esta mañana no te he de menester. Persuadíme al oír estas palabras que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir á la calle. Dexéle, pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en cierto parage, de donde podia observar si salia ó no salia. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiera aliviado de este trabajo; pues pasado una hora le ví salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y con un ayre de seguridad, que dexó confundida mi penetracion. Mas no me deslumbraron estas apariencias; antes bien ellas mismas me hi-

ciéron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser afectado, y aun llegué casi á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y su dinero, y que probablemente iba á ponerse en seguro con la fuga. Perdí la esperanza de volverle á ver, y aun dudé si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba á que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo no dexé de ir á esperarle, y me sorprendió quando le ví volver como acostumbra. Acostóse sin la menor señal de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y se vistió con la mayor tranquilidad.

No bien habia acabado de vestirse quando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á reconocer por la rejilla quien llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente, preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor Corregidor. Al oír esto se me heló toda la sangre en las venas. Tenia yo concebido un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de páxaros desde que habia tenido la desgracia de caer en sus manos; y en aquel momento quisiera estar cien leguas distante de Madrid. Pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan meticuloso como yo, abrió la puerta con sosiego y recibió al señor Corregidor con el debido respeto. Ya ve Vmd. (dixo á mi amo) que

no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á Vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á ser tratada con atención. Sírvese Vmd. decirme como se llama, quien es, y que hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es Don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, de honesta y grata conversacion. Sin duda (preguntó el Juez) que tendrá Vmd. una grande y gruesa renta. No señor (repuso mi amo) no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. ¿Pues de qué vive Vmd.? (le replicó el Corregidor.) De lo que voy á mostrar á V. S., respondió Don Bernardo; y al mismo tiempo levantó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella; é hizo entrar al Juez en un gabinete, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S., le dixo entónçes, que nosotros los castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna es comparable con la mia. Ten-

Tengo un fondo de pereza y de holgazanería tal, que me hace incapaz de todo empleo y cuidado. Si quisiera canonizar mis vicios dándolos el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del espíritu desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soy aragan y perezoso por temperamento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo que me dexaria morir de hambre. En virtud de esto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, para no tener el trabajo de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no tener que lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cinquenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta, y aun sobra, para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo futuro, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios, que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten entre el número de viejos lascivos, á quienes las mozelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh

¡Oh y qué dichoso es Vmd.! exclamó el Corregidor. Tenianle contra toda razon por una espia, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su caracter. Prosiga Vmd., Don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan léjos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídele á Vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oímos desde la puerta del gabinete, el Corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el Capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel vandolero.

Quando Don Bernardo de Castelblanco hubo des-

despedido al Corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente y con toda priesa á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa muy contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no ménos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á enderezarme á su casa; pero quando estaba ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que quedé con este encuentro, ni pude ménos de estremecerme y de temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavia cierto ayrecillo de superioridad, me ordenó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Dónde me llevará? puede ser que tenga aquí alguna cueva obscura. No lo creo, pero si lo creyera en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me dispó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer el mejor vino, y ordenó que se dispusiese comi-

da